



**RONALD FRASER**

---

**LAS DOS GUERRAS  
DE ESPAÑA**



CRÍTICA

RONALD FRASER

LAS DOS GUERRAS  
DE ESPAÑA

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: abril de 2012

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la cubierta: Jaime Fernández  
Ilustración de la cubierta: © The Bridgeman Art Library

Composición: gama, sl

© 2011, Ronald Fraser  
© 2012, de la traducción de los capítulos 1 y 3: Luis Noriega

© 2012 de la presente edición para España y América:  
CRÍTICA, S.L., Diagonal 662-664, 08034 Barcelona  
[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)  
[www.espacioculturalyacademico.com](http://www.espacioculturalyacademico.com)

ISBN: 978-84-9892-350-6  
Depósito legal: B. 14078-2012  
2012. Impreso y encuadernado en España por Dédalo Offset

## Capítulo 1

### LA FORJA DE UN HISTORIADOR A PESAR SUYO

El camino de tierra serpenteaba ascendiendo entre terrazas de olivos y trigo. Los agaves de color verde grisáceo bordeaban el camino. Arriba, en la cabecera de las ramblas secas en las que florecían las adelfas, escondido en los pliegues de la montaña, estaba el pueblo. El sol alumbraba con un calor mineral que vaciaba el cielo de color y aplanaba la tierra.

El viejo taxi daba tumbos y se mecía intentado esquivar los baches e iba dejando a su paso una nube de polvo suspendida en el aire inmóvil. En el silencio la tierra parecía haberse tragado todo movimiento hasta que, al doblar un recodo, una corriente plateada apareció en un canal al lado del camino, el agua caía sobre una terraza para fluir a través de los surcos dispuestos de forma geométrica, oscureciendo la tierra bajo las hojas verdes del maíz. Una mujer y un niño salieron corriendo de una casa blanca en dirección a la terraza donde había un hombre de pie, cambiando el curso del agua; los tres miraron el taxi pasar.

Una curva en el camino dejó a la vista el pueblo, una delgada línea blanca grabada en la ladera gris bajo los pinos y los eucaliptus. A medida que el taxi avanzaba con paso lento, el pueblo se dividió en dos líneas de casas bajas, rectangulares, con las paredes de cal reseca por el sol. Enfrente del pueblo, sobresalía de la tierra un promontorio en el que se alzaba una iglesia en forma de fortaleza con una torre cuadrada. Cuando el taxi alcanzó las primeras casas, me volví para echar un vistazo al Mediterráneo, que centelleaba abajo, tan calmado como el estanque de un molino, y entonces la vista fue sustituida por una estrecha calle adoquinada que se retorció de acuerdo con los dictados de la tierra o los albañiles que habían

construido las casas adosadas, que aquí y allí se abrían a patios que brillaban con buganvillas y geranios. Vestidas de negro, las mujeres se asomaban a los umbrales para ver el taxi pasar hasta que éste llegó a una ampliación en la que se cruzaban tres calles, una de las cuales descendía a una plaza de tierra pisada, bordeada de acacias y con una fuente pública en un extremo, donde las mujeres se reunían para llenar sus cántaros de barro. Había llegado...

Era la primavera de 1957, el año, como aprendería más tarde, en que la producción agrícola española alcanzó de nuevo los niveles anteriores a la guerra civil. En Mijas, el empobrecido pueblo andaluz en el que me había detenido, nada indicaba que se hubiera recuperado de la guerra que había terminado dieciocho años antes. En las pequeñas terrazas el trigo cultivado era tan escaso que los tallos individuales destacaban desde la distancia; en la plaza del pueblo los hombres impávidos esperaban un día de trabajo que nunca llegaba, mientras que en el camino de tierra que subía desde la costa otros avanzaban con rapidez, cargados con cestas de pescado que sujetaban a su frente, para vocear su mercancía por las calles del pueblo. En la tarde, los hombres que regresaban de la sierra se doblaban en dos bajo el peso de la maleza destinada al horno del único panadero y al remolque de leña y carbón vegetal que, con rugidos humeantes, alimentaba un viejo Packard abarrotado hasta el techo, la única comunicación con Málaga distinta del asno y los propios pies. La visión de un coche «auténtico» levantando el polvo a su paso mientras subía por el camino sacó a los lugareños de sus casas para mirar con asombro a quien estaba a punto de arribar; en la tarde, también, el correo llegaba desde la costa en el burro del cartero y debía recogerse en su salón. Sobre todo esto, sobre las casas blancas que desde la distancia parecían un cuadro cubista, sobre la vasta extensión del mar que centelleaba en el calor, el sol se cernía implacable; en la noche seguía haciendo tanto calor que dormí sin mantas sobre un catre de hierro bajo el ferrotipo de un Jesús aureolado que estaba clavado en la pared...

Como comienzo de una carrera literaria era insuperable. A medianoche, echado en mi catre, oía a los niños jugar a rayuela en la calle bajo la ventana; y al amanecer me despertaba el golpeteo seco y rítmico de los cascotes de los asnos sobre los adoquines. Una de las dos habitaciones que alquilé sobre el bar era una buhardilla con revoque de adobe y vigas de gruesos tallos de agave que tenía una única ventana, sin vidrio, a nivel del suelo; allí, en ese claroscuro fresco en el que el sol nunca penetraba, me dispuse a escribir sobre una mesa tambaleante.

Debía todo esto a la prematura muerte de mi madre el año anterior debido a un problema cardíaco (que en la actualidad sin duda podría tratarse, pero no entonces) y la promesa de una pequeña herencia que me permitiría mantenerme por un par de años viviendo en algún lugar barato. Me gustaba imaginar que ella se habría sentido complacida viéndome lanzado en esta nueva aventura sobre la que alguna que otra vez le había referido mis fantasías y que, según recuerdo, ella nunca había desalentado por lo que era: un sueño. De haber sabido que su realización sería a costa de su muerte habría guardado silencio...

Huir al Mediterráneo y a un mundo de novelista fue mi respuesta inicial a un problema personal con el que había lidiado durante años: cómo escribir acerca de mi pasado. A primera vista, eso no debería parecer particularmente problemático; sentarse cada mañana a la misma hora y en el mismo escritorio, poner la pluma sobre el papel y seguir adelante, como más o menos dijo Flaubert. Durante los años que pasé en el pueblo intentando recrear mi pasado en la ficción, no fue el tedio de la receta lo que me frustraba sino la imposibilidad de hallar una forma de poner en el papel el sentido íntimo de nulidad que mi infancia inglesa me había dejado.

Tenía veintisiete años, mi educación era precaria, me sentía inseguro de mí mismo e insatisfecho con un trabajo como periodista que me parecía un pobre sustituto de la literatura. Lo que me faltaba en personalidad y cultura, lo compensaba con persistencia, la única virtud que era capaz de discernir en mí. Pero la persistencia no era una cura para el vacío que me drenaba por dentro y que sólo conseguía llenar momentáneamente escribiendo al respecto. A medida que las páginas se acumulaban, advertí que estaba intentando destruir el mundo que odiaba desde la infancia para crear, en la ficción, uno más válido que lo reemplazara. Un mundo en el que pudiera sentirme a gusto en mi pellejo. Pero el odio no era en mi caso una buena forma de empezar. Reducía la distancia necesaria para recrear el pasado y yo carecía de la imaginación necesaria para crear otro. Podía hacerse, lo sabía: Saul Bellow lo había conseguido en su primera novela, *Hombre en suspenso*, y, en un registro diferente, lo había hecho Italo Svevo en *La conciencia de Zeno*. Pero pronto resultó evidente que carecía de la habilidad del primero y del mordaz sentido del humor del segundo. Entre tanto, me contentaba con la ilusión de que para los lugareños era un ser anónimo, sin un pasado identificable que me llamara a aceptar un rol social en el que había fracasado rotundamente.

Cuando mi cuota diaria de páginas estaba terminada, caminaba por el campo. No hablaba español y no sabía prácticamente nada del país más

allá de lo que había leído en *Al sur de Granada* de Gerald Brenan, que era, aparte de la baratura y el sol, lo que me había llevado a España. En mis paseos, con frecuencia me echaba bajo un olivo y leía un libro para favorecer mi educación. Una tarde, leyendo las *Conversaciones con Goethe* de Eckermann, me topé con una frase fascinante: «Estaba caminando por la calle disfrazado», le contaba el gran maestro a su interlocutor sin, según recuerdo, ofrecerle ninguna explicación. De regreso en mi buhardilla, escribí la frase en una hoja de papel y la clavé encima de mi mesa de trabajo: eso es lo que soy, un hombre disfrazado.

Después de un año, descarté todo lo que había escrito («Un hombre vacío», lo había titulado) y empecé de nuevo. Estaba cerca de la desesperación, pero poco dispuesto a admitirlo, cuando, una tarde al volver de un paseo por el campo, un hombre me abordó en la plaza. Era inconfundible que se trataba de un extranjero, pero no podía adivinar de dónde era. De estatura media y muy delgado, tenía un pelo negro que empezaba a retroceder, una nariz prominente y unos ojos oscuros y penetrantes que enmarcaban sus gafas. Me preguntó, en un inglés cuyo acento no pude ubicar, si podía ayudarle a encontrar algún lugar en el cual guardar la motocicleta en la que acababa de llegar de París. Por casualidad, no era una solicitud complicada. Hacía poco había dejado mis dos habitaciones para mudarme a una pequeña casa del pueblo que gozaba del indescriptible privilegio de tener una ducha y un inodoro y que, además, contaba con un diminuto cubículo al nivel de la calle, justo lo bastante amplio para una motocicleta. El hombre se presentó como Gerard Horst y, mientras tomamos una copa, me contó que era periodista del nuevo semanario francés *L'Express*. Estaba de vacaciones recorriendo Andalucía. Probablemente en respuesta a algo que dije murmuró de forma tímida que acababa de publicar en París un libro acerca de su problemático pasado. De repente caí en la cuenta.

—No es usted el autor de *Le Traître*, ¿verdad? —dije.

—Sí —respondió.

—¡Qué coincidencia! Leí una reseña fascinante de J. G. Weightman en *The Observer* no hace mucho. Lleva una introducción de Sartre..., pero no recordaba que el nombre del autor fuera el suyo.

No, André Gorz era el pseudónimo que había elegido para impedir que su madre se enterara de que él era el autor y se ofendiera.

—Es una persona difícil —murmuró.

Ese encuentro casual fue el comienzo de una amistad que duró un cuarto de siglo. Fue algo más que una amistad, pues me guió por el enrarecido mundo de la *intelligentsia* de izquierdas parisina como un hermano

mayor (era seis años mayor que yo). Existe una descabellada historia según la cual me convirtió de la noche a la mañana al marxismo: se trata de un mito ya que, fiel en ello a mi clase, me resistía a todo lo que tuviera un olorcillo a comunismo. Pero estaba muy abierto al existencialismo sartreano pues, para eludir mi problema original, muy pronto había optado por leer principalmente literatura francesa (unos años como corresponsal en Bruselas afinaron el francés que había estudiado durante el año que estuve en la Universidad de Ginebra apenas terminó la guerra) con el fin, creía, de crearme una personalidad característicamente no inglesa. De modo que había leído la mayoría de las novelas de Sartre y Beauvoir y estaba liberándome de forma gradual de una temprana dependencia de Gide; sin embargo, *Le Traître*, que Gerard me envió a su regreso a París, fue una experiencia abrumadora. Aquí estaba un escritor, un exiliado austríaco medio judío, que usaba su escritura para analizar la sensación de un no ser anulador que dominaba su vida con el propósito de sepultarla y crearse un nuevo presente para sí mismo. Como el lector comprenderá, el libro cayó como maná en mis manos y lo traté con la reverencia debida a las intervenciones divinas. Ése fue mi primer error; el segundo, que intenté imitarlo.

Hay pocas cosas más cómicamente autoengañosas que el celo del neófito. Durante una década, luché con una forma autobiográfica para lograr la imitación que deseaba, incapaz de tener en cuenta que carecía del intelecto de Gerard y las herramientas filosóficas que él había afilado a lo largo de los años en su exégesis de *L'Être et le néant* de Sartre, esas mil quinientas páginas inéditas sobre las que reflexiona al comienzo de *Le Traître*. En docenas de cartas y con paciencia indecible, Gerard respondió mis preguntas acerca del existencialismo y el marxismo, venció el desagrado que me producía el comunismo y, cuando se lo solicité, me ofreció comentarios útiles sobre mis intentos sin nunca enfrentarme con la verdad, a saber, que la tarea me superaba. Durante todos esos años se mantuvo convencido de que mi escritura debía servirme de forma exclusiva para ampliar la búsqueda en la que me había embarcado, y en ese sentido la comprendía plenamente. Al final, fui yo quien traicionó su fe al orientarme hacia la historia española, algo que le pareció una evasión deliberada de mi verdadera tarea. No obstante, íntimamente siempre supe que sólo estaba posponiendo el momento inevitable en que volvería a ella.

Entre tanto, regresé abatido a Inglaterra: con razón o no, atribuía mi fracaso original a otros o a circunstancias sociales que estaban más allá de mi control, pero este último fracaso era exclusivamente mío. Me había

engañado; caí en una depresión que no lograba quitarme de encima. Consciente de mi estado, Gerard me escribió para decir que quizá sería provechoso que contactara con la *New Left Review*, acababa de leer el último número con interés y sentía que lo mismo me ocurriría a mí. Por coincidencia, un amigo ghanés de mi época de periodista había mencionado que en una ocasión había conocido a Perry Anderson, el nuevo director de la publicación, así que una mañana salimos rumbo a sus oficinas en la calle Carlisle, en el Soho londinense, pero antes nos detuvimos a tomar un café en una cafetería cercana. Apenas nos habíamos sentado cuando mi amigo me dio con el codo. «Ése es él», dijo. Antes de que la persona que me señalaba desapareciera por la puerta, sólo tuve tiempo de echarle un rápido vistazo: era un hombre joven con el pelo color arena, vestido con corbata y cargado con un montón de papeles. «Creo que mejor me voy a casa», dije. «No estoy para tanto.»

Cuando finalmente reuní la mínima energía necesaria, le escribí una breve carta diciendo que era amigo de André Gorz y que si había algo que pudiera hacer, tenía tiempo libre. A cambio me nombraron gerente sin sueldo (difícilmente había dinero suficiente para publicar la revista y menos aún para pagar salarios) y de inmediato me hallé armado con una anticuada máquina manual para imprimir rótulos de suscripción y llevando pilas de revistas a la oficina de correos para ponerles sellos. El trabajo no me importaba particularmente, pero estar de vuelta en el mundo activo me puso de nuevo en marcha; y leí con admiración el ensayo sobre Gran Bretaña recién publicado por Perry, «Los orígenes de la crisis actual», que explicaba las raíces aristocráticas del país del que yo era un súbdito renuente.

Éste no es el lugar para comentar mi vinculación con la *New Left Review*, pero sí he de hacer algunas observaciones relevantes para el tema que nos ocupa. Como era de esperar, desde el comienzo aprecié su rechazo del provincianismo inglés y su apertura a los pensadores marxistas continentales; admiraba las habilidades intelectuales de los jóvenes directores, y en especial de Perry, su erudición formada en la universidad y su dominio de un universo izquierdista que, a pesar de la ayuda de Gerard, seguía resultándome en gran medida desconocido; envidiaba la forma en que parecían estar mentalmente capacitados para quitarse las cadenas de la sociedad en la que vivían al tiempo que, con algunas excepciones notables, disfrutaban materialmente de sus privilegios (para entonces yo hacía esto último, pero no lo primero); y respetaba el sentido práctico de Perry en la gran atención que prestaba a la excelencia del diseño, la impresión,

la edición y corrección cuidadosa de los textos para asegurarse de que la revista estuviera a la altura de las publicaciones capitalistas. Nada de descuidos de aficionado, por tanto: estábamos en el serio negocio de difundir una selección del pensamiento marxista en un país que históricamente se había demostrado por lo general impermeable a él. Y con su conocimiento y talento formidables, logró que intelectuales marxistas prestigiosos (Isaac Deutscher me viene de inmediato a la cabeza) publicaran en las páginas de la revista. Estaba contento de formar parte de esa empresa, y fue muchísimo lo que aprendí; el materialismo histórico me proporcionó por fin un entendimiento del mundo, pero no me hacía ilusiones de convertirme en un marxista o cualquier otro tipo de intelectual. Las ideas en general seguían flotando en una nebulosa por encima de mi cabeza, mientras que yo estaba enzarzado en lo concreto, el negocio de vivir. Sin ningún libro publicado, sentía que era mala fe considerarme «escritor», pero eso es lo que era, significara lo que significara.

Por tanto, no es sorprendente que fuera un libro el que me abrió una nueva posibilidad de alcanzar mi meta. *Los hijos de Sánchez*, del antropólogo estadounidense Oscar Lewis, era una «historia oral» de una familia pobre de Ciudad de México cuya vida se presentaba a través de las experiencias polifónicas de los hijos. Poco tiempo después, tuve la fortuna de conocer al autor. Sólo le hice una pregunta: ¿piensa en su libro como un trabajo de antropología o como literatura? Lewis pensó un momento: «Literatura, supongo». Mi corazón dio un vuelco. ¡Así que uno podía recrear un pasado, convertirse en un hombre literario, gracias a otros! Fue entonces cuando compré uno de esos nuevos magnetófonos de casete y empecé a grabar las memorias de los sirvientes (por casualidad me había enterado de que dos de ellos estaban vivos) que habían trabajado en la casa solariega en la que me crié desde los tres hasta los catorce años o, para ser más exactos, desde 1933 hasta el final de la segunda guerra mundial. Ésa fue mi primera incursión en lo que terminaría llamándose «historia oral», una etiqueta engañosa, pues sugiere que se trata de una categoría historiográfica a la par con la historia «económica» o «política» en lugar de lo que realmente es: la creación de nuevas fuentes para promover la investigación histórica.

En ese momento, sin embargo, no creo haberme dado cuenta de ello; si lo pienso bien, creo que era en exceso ingenuo. Empecé a hacerlo no para crear nuevas fuentes históricas, sino para intentar resolver el problema personal con el que había luchado desde que me fui a Mijas para escribir. A través de los criados, pensaba, podía por fin capturar el pasado, no ya concentrándome en mi subjetividad sino en las suyas, las cuales, colec-

tivamente, me proporcionarían un foco objetivo sobre mi infancia. E igual de gratificante era el hecho de que las experiencias de los criados de una casa solariega de los Home Counties en los años de entreguerras, personas que de otro modo hubieran dejado escasa huella de su vida laboral, eran por sí mismas tanto o más valiosas.

Una vez más, las páginas se acumularon, esta vez con transcripciones que, cuando las revisé, me parecieron deshilvanadas, inconexas, fragmentarias, en resumen, ilegibles, como siempre resulta a primera vista el registro literal, sin puntuar, de una conversación. En mi recuerdo, oía sus voces, cada una distinta, sus entonaciones rurales, el énfasis que ponían en sus palabras o frases, la picardía e ironía con la que se expresaban, todo lo cual se desvanecía en la transcripción mecanografiada. No obstante, en sus voces recordadas, advertía que había descrito de forma detallada sus rutinas laborales, sus preocupaciones y miedos (eran los años de la Gran Depresión), sus pequeños placeres y las tremendas desigualdades de una sociedad dominada por la división de clases; incluso me habían proporcionado una confirmación significativa de mi infancia marcada por la obligación, la pasividad y la soledad, la dificultad de los cuidados maternos, de modo que podía, ahora sí, escribir con cierta convicción acerca de lo que la familia y la formación social en sentido amplio habían hecho de mí. Con todo, sabía casi de forma instintiva que algo faltaba, algo que entonces sólo identificaba en términos narrativos: aunque sus experiencias laborales ciertamente tenían una unidad de tiempo y lugar suficiente para enmarcar sus relatos, éstos no tenían un eje principal (un «protagonista», según me decía) alrededor del cual girar distinto de una casa enmudecida. Para hacer que esa casa hablara, entendí, se necesitaba una imaginación más grande que la que yo poseía.

Una vez más el azar acudió en mi rescate. Una mañana, todavía desconcertado por el problema narrativo, leí en la portada de *The Times* que el último alcalde socialista de Mijas, el pueblo en el que había vivido durante mi abortada época de escritor de novelas, había reaparecido de repente, por primera vez desde la guerra civil, después de haberse ocultado durante treinta años en su casa. Para poner fin a su larga reclusión, Manuel Cortés había aprovechado la reciente amnistía decretada por Franco para todos los sobrevivientes que hubieran peleado en el bando republicano. Cortés se había escondido inicialmente para escapar de una muerte segura a manos de los franquistas la noche que regresó al pueblo al final de la guerra, y desde entonces se había mantenido oculto. Barbero de oficio y socialista desde hacía mucho tiempo, había sido elegido como alcal-

de de Mijas apenas unos meses antes de que se produjera el levantamiento militar para derrocar la República en 1936, decía el periódico. Esa noche el noticiario de la BBC informó que la prensa mundial había acudido al pueblo para entrevistarle.

No tardé mucho tiempo en tomar un par de decisiones: obtener su consentimiento para trabajar juntos en una historia oral de su vida (y no sólo de su tiempo escondido) y aplazar mi regreso a Mijas hasta que el alboroto de la prensa hubiera acabado. Eso fue lo que hice, y de la colaboración con Manuel, su esposa Juliana y su hija María, resultó un libro titulado *Escondido*, que me lanzó a un nuevo rumbo y, gracias de nuevo al azar, a una nueva e importante amistad. Para entrevistar a Manuel, realicé muchísimas lecturas sobre la guerra civil; uno de los libros que leí en esa época fue *El laberinto español* de Gerald Brenan, sobre los orígenes del conflicto, una obra que encontré provechosa, pero, de algún modo, laberíntica en sí misma.

Durante mucho tiempo había sabido que Brenan vivía en un pueblo cerca del aeropuerto de Málaga. Ocasionalmente me llegaban rumores sobre él, pero se trataba de un autor demasiado grande para que un escritor inédito como yo intentara buscarle. En ocasiones me preguntaba si el relato de su primer viaje a España en *Al sur de Granada* me había influido inconscientemente: la elección de un pueblo aislado en la montaña en el cual escribir y compensar la precaria educación privada que, con una generación de distancia, habíamos compartido; dos cuasi exiliados viviendo solos en nuestros escondites andaluces e intentando forjarnos una nueva vida cada uno. Pero la comparación terminaba allí. Brenan fue miembro del grupo de Bloomsbury, tenía amigos como Virginia Woolf y Lytton Strachey, había peleado en la primera guerra mundial; a diferencia de mí, había *vivido*, había escrito una historia clásica, era famoso... La idea de parecer deseoso de compartir el protagonismo de otra persona me disgustaba profundamente y me mantenía, y me mantuvo, alejado hasta que finalmente me hube probado yo mismo en letra impresa.

Ese momento llegó con la publicación de *Escondido*. Entretanto, oí decir, no recuerdo a quién, que Brenan se había mudado de la casa en la que vivía desde antes de la guerra civil a Alhaurín, al otro lado de la montaña desde Mijas. Tomé un juego de pruebas que me sobraba y partí en su busca; sólo tuve que preguntarle a unos cuantos lugareños dónde vivía «el inglés» para que me indicaran cuál era su casa, una construcción nueva al final de una rambla seca. No había nadie. Escribí una breve nota y la dejé, con las pruebas, junto a la puerta de la cocina.

Un par de días después encontré un telegrama en mi correo. En un papel amarillento que parecía descolorido por el sol, escrito con pluma, decía: «Por favor venga para el té el jueves a las cuatro. Brenan». Hacía un calor abrasador, típico de agosto, cuando tomé el camino de tierra rumbo a Alhaurín en mi Lambretta, una adquisición reciente, y cuando llegué a su casa, mi camisa estaba empapada de sudor y cubierta de polvo. Mientras apagaba el motor, vi salir por la puerta principal a Brenan, al que reconocí de inmediato gracias a sus fotos. «Muy amable por haber venido», dijo y me estrechó la mano con firmeza. «Adelante, por favor.» Su inglés de clase alta meridional tenía un tono melodioso, o una entonación melodiosa, quizá. Con cortesía me condujo por la puerta y, señalando una silla preparada junto a la chimenea, donde ardía un vivo fuego, dijo: «Nos sentamos junto a la chimenea, ¿le parece?». Desconcertado, con gotas de sudor aún en el rostro, le di las gracias y tomé asiento, deseando (pero no osando) sacar un pañuelo para secarme la frente. Algo estaba mal, pero ¿qué era? Brenan parecía sano y bastante feliz, no alguien que necesitara un calor extraordinario. «Confío en que tomará té indio, por desgracia aquí no podemos conseguir ningún otro», continuó imperturbable desde el otro lado de la chimenea. Su cara bronceada hacía resaltar sus penetrantes ojos azules. Siendo educado, repliqué que el té sin duda sería refrescante, con la esperanza de que así fuera. Brenan se levantó y se asomó por una puerta interior. «Lynda», llamó con suavidad, «tomaremos el té cuando estés lista.» Casi de inmediato, una mujer joven, con el pelo negro que le caía sobre los hombros, llegó portando una bandeja con una tetera, tazas y galletas. Me puse de pie. «Ésta es Lynda, mi musa, si puedo llamarla así...» «Gerald, sabes que es una exageración», respondió ella con una sonrisa. Puso la bandeja sobre una mesa y nos saludamos estrechando las manos. Era una mujer atractiva, eso era indudable. Sirvió el té y, al volver a sentarnos, me dijo: «Gerald me estuvo contando de su interesantísimo libro...». Acto seguido, Brenan empezó a hablar acerca de Manuel, sobre cuya salida de su escondite había leído en la prensa local. «Una historia extraordinaria que usted ha sabido contar sumamente bien. Por supuesto, la que llevó la peor parte fue en realidad la esposa, que tuvo que enfrentarse al mundo hostil del pueblo.» Y así estuvimos conversando, satisfecho por mi parte de saber que el libro le había gustado. Después de una hora, cuando me levanté para irme, tanto Brenan como Lynda me invitaron a volver la semana siguiente. «Pero venga a cenar, cuando es más fresco», añadió ella.

La semana siguiente, mientras comíamos huevos fritos con jamón, su cena habitual, me contaron lo que había ocurrido. Cuando recibieron mi

nota original, Gerald llamó a algunos amigos que tenía en la costa para averiguar quién podía ser ese escritor con mi nombre; ninguno tenía la más remota idea, hasta que a uno se le ocurrió que debía de ser sir Ronald Fraser, un diplomático y novelista que para entonces estaría rondando los noventa años. Pensando que su inesperado visitante era un hombre frágil que necesitaría calor, Gerald había decidido encender el fuego... Los tres nos reímos a carcajadas con ello, y ése fue el comienzo de mi amistad con Gerald.

*Escondido* recibió algunas buenas reseñas a ambos lados del Atlántico, la más destacada de las cuales fue una de Arthur Miller, se tradujo a varias lenguas, entre ellas el japonés, y me lanzó a una nueva carrera. Mi editor estadounidense, André Schiffrin, de Pantheon Books, y varios editores europeos se reunieron en Formentera y acordaron conjuntamente encargarse de una serie de historias orales de pueblos. André me informó del plan y señaló, despectivo, que con Franco sería imposible realizarlo en España. Mordí el anzuelo en el acto; ésa era la clase de desafío que me gustaba. En una mañana, escribí un esbozo de una página sobre la gente que entrevistaría en Mijas y cómo estructuraría el libro como una historia del pueblo desde finales del siglo XIX, cuando se lo conocía como «la Pequeña Habana» por la relativa riqueza que le reportaban sus viñedos de uva moscatel, hasta la gran riqueza que había traído el turismo contemporáneo a comienzos de la década de 1970. Entre ambos momentos, no había habido otra cosa que pobreza, guerra, hambre y penalidades.

El libro sobre Mijas se publicó en inglés en 1973. El siguiente desafío se lo debo a un amigo, Alistair Reid, corresponsal del *New Yorker* y traductor de Neruda, quien una noche, mientras nos tomábamos una copa en Londres, dejó caer la idea de una historia oral de la guerra civil española. El proyecto me llamó la atención de inmediato. De una familia en peligro a los sufrimientos de un pueblo, escribir sobre una nación dividida por la crueldad de un conflicto civil parecía una progresión natural. Aunque se cuidó de nunca decirlo, creo que Schiffrin quedó bastante impresionado por el hecho de que hubiera conseguido lo «imposible» en Mijas y me ofreció un adelanto considerable para financiar una historia oral de la guerra civil española. En junio de 1973 partí hacia Córdoba para empezar la investigación.

Elegí Córdoba por la sencilla razón de que era buen amigo de Carlos Castilla del Pino, que se había ofrecido a ayudarme a encontrar supervivientes locales de la guerra civil para entrevistar. Varios años antes, el deseo de conocer más de España de lo que me permitía la perspectiva estre-

cha de un pueblo andaluz me condujo a Córdoba, donde conocí a un artista al que un amigo me había recomendado. En alguna parte había leído sobre dos psiquiatras de izquierdas que había en la ciudad y, con insistencia de periodista, acosé al pobre artista para que me hablara de ellos. Finalmente, me llevó a la grande y cómoda casa de Carlos en las afueras de la ciudad, donde tuvimos una animada conversación acerca de Ronald Laing, en esa época un famoso psiquiatra británico cuyo libro sobre la esquizofrenia yo había leído. Después, yo leería el primer libro de Carlos sobre la depresión, basado en su trabajo clínico, que me impresionó de forma profunda y que contenía un buen número de casos rurales que me interesaban en especial. A partir de entonces seguimos siendo amigos y él y Enca, su esposa en esa época, me visitaron en Mijas y Londres en varias ocasiones. Al comienzo de mi investigación Carlos y Enca me proporcionaron una base acogedora y el lujo de una piscina en el calor del verano cordobés.

Asimismo, tuve la inmensa fortuna de que Juan Martínez Alier, a quien conocía de sus días en el St Anthoy's College de la Universidad de Oxford, cuando Raymond Carr era el rector, volara desde Barcelona para presentarme a un anarcosindicalista de Castro del Río que había sobrevivido a la guerra así como a la familia extensa de éste, a la que había conocido mientras investigaba para su tesis, una obra impresionante también, que más tarde se publicaría con el título *La estabilidad del latifundismo*. Pasamos varios días recorriendo el campo cordobés donde localizó a muchos otros supervivientes a los que había conocido y a los que yo más tarde entrevistaría.

Ése fue el comienzo de una peregrinación de dos años por España durante la cual grabé a más de trescientas personas que habían participado en la contienda en uno u otro bando. Fue una experiencia extraña y estimulante. Extraña porque, fuera de las entrevistas, yo era mudo: no hablaba con nadie acerca de las experiencias de esos supervivientes por temor a que la policía franquista, que, daba por sentado, sabía a qué me dedicaba, me impidiera continuar con la investigación. Para salvaguardar mis cintas se las enviaba, mes a mes, a Gerard en París. Y al mismo tiempo era estimulante revivir de forma indirecta un período de la historia tan dramático, aun cuando con frecuencia eso se traducía en sueños dolorosos en las noches. Encerrado en mi silencio, las voces de los testigos resonaban sin parar en mi cabeza y me seguirían acompañando muchos años después. Con frecuencia he pensado que fue una suerte haberme dedicado a la historia oral en España, un país oral en el que la gente acoge con agrado el interés de un historiador extranjero en sus experiencias vitales y está en-

cantada de hablar al respecto; en otros países, incluido el mío, eso probablemente no sería tan fácil.

El libro, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, que tardé tres años en escribir, ha estado publicándose durante los últimos treinta años; y aunque es evidente que el bienvenido acceso a las fuentes documentales desde la Transición ha producido abundantes historias nuevas de la guerra, las experiencias vitales de los supervivientes siguen siendo un testimonio histórico inalterable de ese aciago conflicto.

Los libros trajeron consigo una pizca de reconocimiento que, la mayor parte del tiempo, llenaba el vacío íntimo que sentía. No siempre, sin embargo, y no de forma suficiente. Sin otro proyecto entre manos, caí de nuevo en una depresión y, a diferencia de la vez anterior, busqué ayuda médica y terminé con una recomendación para ver a un terapeuta. Y súbitamente vi un inesperado rayo de luz en medio de la desolación; acaso, pensé, podía utilizar el tratamiento analítico no sólo para aliviar la depresión sino como un medio para explorar mi pasado desde una nueva perspectiva. Las viejas grabaciones de una década atrás me habían proporcionado, según pensaba entonces, el ser que el mundo de la casa solariega había hecho de mí. Pero ¿qué podía decir del otro lado de la ecuación, el ser que yo había hecho de mí mismo sobre la base de eso que habían hecho de mí? ¿No era eso lo que *Le Traître* había estado diciéndome mientras yo, tozudo, pretendía ignorarlo? Era fatalismo que pensara solamente en que éramos seres «hechos» por el mundo cuando también, desde niños, habíamos participado también en esa construcción. No en iguales términos, es cierto, pero sí en elecciones que eran, no obstante, fundamentales...

Estos pensamientos no curaron la depresión, por supuesto, pero me dieron la energía necesaria para pedir una cita con el analista. Él consideró que mi depresión no era tan profunda como para requerir terapia, pero ahora yo me había puesto en un camino que estaba resuelto a seguir. Con todos sus altibajos habituales, el análisis me costó varios años más. En más de una ocasión P., el analista, me reprochó por *pensar* en lo que estaba ocurriendo en su consultorio del sótano en lugar de permitirme entrar en contacto con mis sentimientos. El pensamiento no conducía a la asociación libre; pensar en escribir la experiencia era ponerle un tapón a los sentimientos. Sin duda tenía razón, pero yo hacía caso omiso de sus reproches. Como dije antes, la persistencia es uno de mis únicos rasgos redimibles.

Finalmente, cuando ambos acordamos que no podíamos ir más lejos, terminé el análisis. ¿Sentía que había llegado al «fondo de las cosas»? Cuando le manifesté mis dudas, P. replicó que la pregunta estaba mal plantea-

da. Los complejos no tenían «fondo», la meta era hacer conscientes los sentimientos reprimidos de la infancia que, en situaciones adultas, impedían repeticiones ciegas de esas respuestas tempranas de modo que, armado con esa comprensión nueva, uno pudiera tomar por fin decisiones nuevas. Eso, al menos, fue lo que entendí. Y estaba en lo cierto: la pregunta estaba mal planteada porque lo que yo quería decir era otra cosa. Me parecía que el análisis, al girar de forma interminable alrededor de los sentimientos de un niño de cinco años, excluía la posibilidad de que existiera un complejo incluso anterior, una respuesta «primitiva», que contribuía a la posterior sensación de nulidad. Ése era el «fondo» al que me refería. Pero no, él no estuvo de acuerdo. ¿No había yo dicho que mis libros habían llenado el vacío? Sí, pero de manera insuficiente, repliqué, de lo contrario no estaría echado en su diván.

Entretanto, los cuadernos en los que, de forma tan literal como me fue posible, registré cada sesión con P. se habían apilado junto a las transcripciones. Pasé un mes indexando unos y otras para ayudarme a encontrar una dirección. Luego, con una determinación renovada, me senté frente a la máquina de escribir. No sabía qué iba a escribir. Estaba acostumbrado a descubrir lo que quería decir sólo en el proceso de la escritura, un procedimiento desordenado apropiado para una mente desordenada. Pero sabía con certeza una cosa: debía evitar a toda costa la trampa de la imitación y la contemplación de mi ombligo y permitirme una excepción única, provechosa, a saber, el libro debía girar alrededor de la búsqueda de un pasado infantil, lo que me proporcionaría el hilo narrativo del que antes carecía. Para encontrar la distancia necesaria, aparecería en la narración sólo como una voz más en una búsqueda polifónica.

Titulé el libro *En busca de un pasado*,<sup>1</sup> y no de «el» pasado, para indicar la naturaleza tentativa, por no decir dudosa, de cualquier intento de reconstruir el pasado y, en especial, el propio. En verdad, la cuestión reside en la incertidumbre del «yo» que emerge de la ciénaga del pasado. Algunos críticos ingleses perspicaces señalaron que mi autoría era «evasiva», «escurridiza». Tenían razón, soy escurridizo incluso para mí mismo y siempre lo he sido, pues, como en el pasado, sigo sin saber quién soy en realidad; y ahora que he superado los ochenta años, supongo que nunca lo sabré. Soy un aspirante a novelista que, a falta de mejor alternativa, se convirtió en un historiador de España, eso lo reconozco; en cuanto al resto, me niego a ser clasificado como un espécimen en la colección de un entomólogo. En resumen, hice virtud de un defecto original, lo que, imagino, es lo mejor que muchos podemos hacer.

*En busca de un pasado*, finalista del premio J. R. Ackerly de autobiografía en 1985, fue, con una excepción, el último libro que escribí usando la historia oral.<sup>2</sup> Estaba empezando a sentir la necesidad de liberarme de las constricciones de un método que, pese a lo útil que me había sido, limitaba la historia a la vida de los supervivientes. ¿Podía acaso perseguir aún la meta de escribir «historia desde abajo», el tema recurrente de mis libros según me parecía viéndolos en retrospectiva, y lograr ese mismo fin con fuentes documentales? Sabía que sería un reto, pero un reto que me entusiasmaba. Sin embargo, esta vez me excedí. El problema, del que tenía conciencia antes de empezar, de que las fuentes sobre las clases populares en la guerra de la Independencia española casi con certeza serían en su mayoría obra de un reducido estrato de la élite letrada suponía, como pronto lo averigüé, la menor de mis dificultades. Incluso eran escasos los documentos de la élite que podían consultarse; sólo los relativamente pocos documentos de los tribunales me permitían asomarme a las actitudes y creencias de las clases populares durante la guerra. Gracias a dos becas de investigación británicas pude contratar cierto número de investigadores locales para que escarbaran en los archivos municipales, una labor que con unas pocas excepciones notables resultó más decepcionante de lo que esperaba. ¿Dónde estaban las cartas que, según había imaginado, los soldados reclutados enviaban a sus seres queridos, incluso si hubieran sido escritas en su nombre por los pocos que estaban alfabetizados? ¿Dónde estaban los diarios, o incluso los fragmentos, que había esperado desenterrar? ¿Dónde estaban las memorias populares acerca de este conflicto trascendental? Cierto, por cada centenar de folios manuscritos de la élite que había en los archivos, uno con suerte podía servir. Después de casi seis años de investigación en los archivos de Madrid, Barcelona, Simancas y Londres no estaba seguro de tener algo más que fragmentos para escribir el libro que me proponía. Para entonces el dinero estaba agotándose y sólo pude mantener a un único investigador al que, era consciente, sería un desperdicio gastar buscando material de archivo inexistente. Tenía que encontrar otra cosa. Pensé que, combinados trozo a trozo de forma diferente, quizá los fragmentos individuales produjeran algo semejante a un todo coherente. Necesitaba una base de datos. Empecé a construir una rudimentaria, en papel, con los participantes conocidos en el levantamiento del 2 de mayo de 1808 en Madrid. Poco a poco, empezó a emerger un perfil ocupacional y, con él, agrupamientos por edad y género, lugares de origen, muertos y heridos. También se perfilaba la composición social de los reclutas del ejército y de las guerrillas, la represión llevada a cabo en

las zonas ocupadas por los franceses y los principales «pecados» de la población civil según los catalogaban los tribunales regionales de la Inquisición. Finalmente, se me ocurrió que las estadísticas anuales de nacimientos, muertes y bodas podían ser una fuente fructífera. Las personas pocas veces eligen cuándo se mueren, pero pueden elegir cuándo se casan y (aunque los demógrafos tiendan a negarlo) cuándo tienen hijos. Reunir las estadísticas mensuales de fuentes de toda España fue una tarea enorme que retrasó la terminación del libro, que llevaba seis años escribiendo, pero, en mi opinión, ello me proporcionó información significativa acerca del sufrimiento y las decisiones humanas que la población tomó en diferentes regiones a lo largo de la guerra. No obstante, desesperado por no saber si viviría lo suficiente para ver el libro terminado, con frecuencia llegué a pensar que daría un brazo y una pierna por tener unos cuantos supervivientes que entrevistar.

Con *La maldita guerra de España. Historia social de la guerra de la Independencia, 1808-1814* (Crítica, Barcelona, 2006), siento que he completado un ciclo y agradecido a los muchos amigos españoles que me han apoyado a lo largo de los años de la forma que mejor sé hacerlo: devolviendo a la vida hoy a los españoles olvidados del pasado.